



REPENSANDO LA UNIVERSIDAD NECESARIA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN*

Luis Rivera Pérez, Ph.D.

Profesor del Departamento de Filosofía
Director Maestría en Estudios de
Cultura Centroamericana

En esta intervención trataré de identificar diferentes momentos en la breve historia de la UNA que pueden ayudarnos a deconstruir la idea de la Universidad Necesaria; es decir, a develar el contenido real de esa frase no como simple discurso sino como realidad contradictoria y en proceso de desarrollo. Creo que esta es una forma adecuada de discutir el tema, porque quizás no necesitamos cambiar los principios de la Universidad Nacional como Universidad Necesaria pero sí cambiar las estrategias y las tácticas para lograr esos objetivos, ajustándolos para responder a los retos que nos plantea la inserción del país en el proceso de globalización.

De hecho, los expertos en administración creen que uno de los factores de éxito a largo plazo de una empresa está en no cambiar lo que ellos llaman ideologías o principios, en nuestro caso lo que podríamos pensar como los rasgos definitorios de la identidad de la UNA en relación con el resto de las universidades públicas del país, y en su capacidad e inteligencia para ajustar los medios para lograr su cometido de acuerdo con las transformaciones del entorno y de la misma institución.

* Versión revisada y ampliada de la exposición del autor en la mesa redonda *Construcción y Deconstrucción de la Universidad Nacional*, realizada por la Facultad de Filosofía y Letras (FFL) de la Universidad Nacional de Costa Rica el 21 de agosto de 2001. En parte esta exposición es un diálogo con las intervenciones de los otros participantes en la mesa redonda (el Lic. Edwin León Villalobos y el Dr. Carlos Araya Pochet, ex rectores de la UNA, el Lic. Quince Duncan, escritor y profesor pensionado de la FFL, y la Lic. Ana Ligia Rovira, profesora de la Facultad, quien fungió como moderadora), por lo que mantiene su tono coloquial original con referencias bibliográficas mínimas.

Así, podríamos pensar que los principios de la universidad necesaria siguen siendo válidos en las condiciones actuales y que el gran problema está en identificar y desarrollar las estrategias, las vías o los modos de hacer las cosas que nos permitan concretar esos principios y lograr los objetivos que se derivan de ellos.

En ese sentido quisiera sugerir que la de-construcción de la Universidad Necesaria puede pensarse en tres periodos que plantean tres escenarios diferentes: el de los 1970s, que coincide con los inicios de la UNA, el escenario de finales de siglo XX, que nos indica la existencia de un periodo histórico diferente al primero en varios sentidos, y un escenario intermedio, el de los años 1980s, en el que comenzó a insinuarse una serie de modificaciones y de cambios que ahora aparecen en toda su plenitud. En cada uno de estos tres periodos históricos (1960s-1970s, los 1980s, y la última década del siglo pasado en adelante) encontramos algunos elementos distintivos que permitirán o limitarán el desarrollo de la Universidad Nacional como un proyecto diferente al de otras universidades públicas del país.

Hagamos un esfuerzo retrospectivo y pensemos en los 1970s, en los primeros años de la UNA. En este periodo el discurso de la Universidad Necesaria se convirtió en el eje articulador del nuevo proyecto universitario y en un poderoso horizonte imaginario que dio forma y cohesión a una gran diversidad de voluntades académicas y políticas, que compartían ciertos principios básicos pero estaban lejos de interpretar la idea de la "universidad necesaria" de la misma manera. Todos hablábamos de universidad necesaria, pero entendíamos cosas diferentes.

Esta ambigüedad estuvo en la base misma de la teorización de la universidad necesaria¹ pues, mientras que para Darcy Ribeiro, el brasileño que acuñó el término y cuya influencia se reconoce en los documentos oficiales de la UNA, la idea de una universidad nueva (necesaria) en oposición a la universidad tradicional e instrumento de dependencia cultural, intelectual y científica formaba parte de un proyecto de transformación estructural (radical) de la sociedad latinoamericana, para Benjamín Núñez, primer rector de la Universidad Nacional, el proyecto de la UNA como universidad necesaria se inscribía en una visión socialdemócrata de modernización de la sociedad costarricense, mucho más radical de lo que los detentadores tradicionales del poder en Costa Rica habrían querido, pero muy lejos del proyecto radical en el que la idea de Universidad Necesaria se había desarrollado originalmente.

En realidad el concepto de la universidad necesaria era (y sigue siendo) una abstracción. En los 1970s no hubo una Universidad Necesaria, hubo muchas universidades necesarias. En la UNA ese concepto siempre fue plural. Esto significa que además del discurso oficial, el de las autoridades de turno y sus "partidarios", siempre hubo proyectos alternativos tratando de llevar adelante eso que todos

1. Núñez, Benjamín 1974. *Hacia la Universidad Necesaria*. Heredia, Costa Rica: UNA, especialmente la primera parte y las conclusiones (11-26 y 59-62) y Ribeiro, Darcy *La Universidad latinoamericana*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1971, especialmente Caps. IV y V (151-301).

designábamos con un único término: Universidad Necesaria. Era el tiempo de la universidad ideológicamente dual, en la que se oponía la versión modernizante de la Universidad Necesaria de Benjamín Núñez y de una gran cantidad de universitarios, probablemente la mayoría, a la versión radical de diferentes sectores de izquierda, probablemente más cercana a la idea original de Ribeiro. Sin embargo, ésta es una manera figurada de hablar porque en realidad hubo una gran cantidad de proyectos alternativos. Los más visibles fueron los dos que he mencionado, pero aún dentro del discurso oficial (de las autoridades) siempre hubo matices importantes que correspondían a posiciones diversas.

Sin embargo, la ambigüedad del término "universidad necesaria" no era (ni es) un problema puramente semántico, textual o intertextual, como gustan decir los deconstruccionistas. En ese sentido quisiera destacar que en mi opinión el carácter polisémico del concepto corresponde al hecho de que cada uno de estos proyectos correspondía a formas diferentes de entender la Universidad Necesaria y que en buena medida esas visiones opuestas y alternativas dependían de concepciones políticas que apuntaban a diferentes proyectos de sociedad.

Hay otros dos o tres elementos más que quisiera destacar. El primero es que, independiente de la marca ideológica específica de los proyectos alternativos de universidad necesaria, todos partían de un supuesto común, sin el cual habría sido imposible pensar en una universidad nueva aún para el más conservador de esos proyectos. Me refiero a la necesidad de superar lo que en ese momento llamábamos la dependencia y el subdesarrollo. Esa era una preocupación para todos o para la mayoría de los que hablábamos de Universidad Necesaria en uno u otro sentido, idea que se complementaba con la de la necesidad de articular la universidad al plan de desarrollo nacional y con la de la urgencia de vincular el trabajo académico con lo que el documento del Padre Núñez llamaba la "construcción de una nueva unidad de cultura nacional".

Frente a una situación de dependencia y subdesarrollo, que algunos caracterizábamos como imperialismo, a mediados de los 1970s la UNA de manera explícita se plantea la necesidad de contribuir a la construcción de una cultura nacional. Y a diferencia de las tendencias sociales y políticas actuales, para las que la exclusión económica, social y cultural de la mayoría de las poblaciones de nuestros países es una consecuencia casi natural del desarrollo tecnológico, durante estos años la construcción de la cultura nacional se concebía de manera incluyente: entendía que esa unidad cultural nacional necesitaba del concurso de los diferentes actores sociales y no de unos pocos. En ese sentido, si bien el padre Núñez era realista, como se ha dicho, al plantear que el plan nacional de desarrollo y que los rasgos fundamentales de esa cultura nacional se definían por quienes detentaban el poder, también es cierto que detrás del concepto de Universidad Necesaria, en particular por parte de las fuerzas de las que el padre Núñez era representativo, se asoma un intento por construir lo que algunos podrían llamar una nueva hegemonía, es decir, un nuevo

pacto, un nuevo consenso social al que se pudieran incorporar diferentes sectores sociales, económicos, políticos, etc.

De esta manera las diferentes versiones de la Universidad Necesaria se plantean el problema de la identidad, un tema de gran importancia en los discursos desarrollistas de naturaleza tecnocrática de este principio de siglo y que también adquiere legitimidad creciente en ámbitos universitarios mediante el desarrollo de disciplinas que se dedican a su estudio, como los estudios culturales. Sobra decir que el proyecto de contribuir al desarrollo de la identidad nacional como parte de la universidad necesaria es tan pertinente ahora como lo fue en los 1970s, y más aún en este periodo en el que los países y las regiones necesitan desarrollar proyectos identitarios propios, que potencien las pocas posibilidades que tienen de incorporarse a los procesos de globalización con el menor costo posible para las mayorías.

El segundo punto es que, además del vínculo de la universidad necesaria con el plan nacional de desarrollo y la construcción de una nueva cultura nacional, probablemente la mayoría de quienes impulsábamos la universidad necesaria en cualquiera de sus versiones partíamos de un concepto de desarrollo que también era incluyente. A diferencia del concepto de desarrollo operante en la actualidad, para el que una porción creciente de la humanidad es desechable y se preocupa por la suerte de las mayorías y de su marginación creciente de manera puramente retórica, en los 1970s esa idea estaba claramente vinculada con la de un desarrollo nacional como desarrollo para todos, independientemente de la adscripción política e ideológica de los promotores de los diferentes proyectos de universidad necesaria. Era una concepción incluyente del desarrollo en el que la producción de riqueza material y cultural también implicaba la idea (muy moderada en las versiones menos progresistas y radical en algunas visiones de izquierda) de la redistribución de la riqueza, de tal manera que el desarrollo beneficiara a todos los miembros de la sociedad y no solo a una minoría. Entonces había una preocupación distributiva y había un punto de referencia, se trataba de lograr el desarrollo nacional.

Finalmente, hay otro elemento que me parece importante, sin el cual no habría sido posible que el proyecto de una Universidad Pedagógica presentado por don Uladislao Gámez a la Asamblea Legislativa se convirtiera, en unos pocos meses, en lo que luego fue la Universidad Nacional. Gracias a don Daniel Oduber, a don Francisco Morales y al Presidente Figueres, la UNA no se quedó en una universidad pedagógica, como proponía el profesor Gámez. Pero eso no fue obra de la casualidad, ni siquiera de la visión individual de estas personas, por lo demás visionarias en muchos aspectos, sino de que en ese periodo histórico existía, como parte del imaginario social, un principio utópico: la idea de que la dependencia podía superarse, de que el subdesarrollo podía superarse y de que el mundo podía convertirse en un mundo mejor, que podíamos construir una sociedad más justa y humana, como lo dice el documento de la Universidad Necesaria y el mismo Estatuto Orgánico de la Universidad.

Unos pensábamos que el cambio radical era deseable y posible, y eso determinó grandemente lo que entendíamos por universidad necesaria. Para otros, y fue la visión que prevaleció, lo deseable era la modernización paulatina pero sostenida de la sociedad costarricense. Igualmente, ese supuesto definió la manera como este sector entendió la nueva universidad y los aspectos relevantes de cómo plasmaron el concepto, pues fueron los responsables de institucionalizarlo, porque desde entonces son los que han dirigido a la UNA.

Lo importante para efectos de esta exposición es que la utopía de un mundo mejor y del aporte del conocimiento, la cultura y la universidad como medios para lograrlo fue un elemento que contribuyó a perfilar el proyecto de una nueva universidad. Por eso el concepto de universidad necesaria no puede verse al margen de los proyectos políticos opuestos y alternativos del periodo. El modelo de una nueva universidad pertenece a un momento de convulsión social, a un imaginario social en el que todos creíamos que era posible cambiar la fisonomía de América Latina, o por los menos la de Costa Rica, ya fuera en sentido radical o en otro de tipo simplemente progresista.

En ese momento el concepto de la Universidad Necesaria era multidimensional: la UNA era Necesaria porque había una cantidad determinada de estudiantes que como resultado de la explosión demográfica y otras variables económicas y sociales necesitaban una oportunidad, pero era aún más necesaria porque obedecía a una racionalidad económica, era la necesidad de construir un mercado interno para un proyecto llamado de sustitución de importaciones. También era un proyecto o concepto que apuntaba a un protagonismo ya no solamente de las elites, sino de lo que se llamaba pueblo, que también se entendía de manera diversa, dependiendo de los diferentes actores políticos. Sin embargo, detrás de todo esto había una dimensión política: la necesidad de dar participación a sectores cada vez más amplios de la población y de potenciar a los individuos como ciudadanos. También había una dimensión ética de la universidad: era el compromiso con una cantidad mayoritaria de jóvenes costarricenses, quienes hasta ese momento estaban excluidos de la educación superior y, en general, de los beneficios de la producción y del desarrollo. Es decir, el concepto de universidad necesaria implicaba un concepto de necesidad no en el sentido hegeliano (la necesidad es ciega: todo lo real es racional, necesario) sino más bien en un sentido cercano al existencialismo, en el que la necesidad de la universidad formaba parte de un proyecto integral de superación de la sociedad y de los individuos (ciudadanos) que la componían.

Obviamente, este concepto de la Universidad Necesaria entra en crisis cuando el esquema de desarrollo en el que se sustentaba también entra en crisis y se muestra que el modelo de sustitución de importaciones no es viable, tanto porque mantiene las formas tradicionales de dependencia como porque crea formas nuevas y más profundas de dependencia, como el creciente endeudamiento externo y la ampliación de la brecha tecnológica. Al finalizar los 1970s e iniciar los 1980s, los

gobiernos latinoamericanos y las fuerzas del capital transnacional en el que éstos se sustentan ponen en marcha un reacomodamiento profundo de la sociedad latinoamericana. En América del Sur las dictaduras militares están en proceso o a punto de concluir la reestructuración forzada y sangrienta de la sociedad para ajustarla a las necesidades de la transnacionalización del capital, y los gobernantes del resto de los países latinoamericanos hacen lo mismo, recurriendo incluso a la destrucción de las organizaciones populares que en las décadas anteriores pujaban por la transformación radical de la sociedad o al menos por llevar adelante las reformas moderadas de los proyectos socialdemócratas.

En Centro América abortan procesos de transformación social que habrían cambiado la fisonomía política y social del área, gracias a la intervención de los Estados Unidos, el concurso de la máxima jerarquía de Iglesia Católica por medio de su máximo jefe mundial y de caudillos religiosos locales como Monseñor Obando y Bravo, con la excepción histórica de Monseñor Romero y otros sacerdotes y religiosos, así como a los errores y horrores de quienes dirigieron esos procesos en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. En Costa Rica ese proceso se inicia o adquiere visibilidad con el Gobierno de don Luis Alberto Monge.

En ese momento en América Latina los universitarios enfrentamos una serie de procesos, por ejemplo la destrucción de centros académicos, universidades, facultades y carreras de ciencias sociales en América del Sur².

Por otra parte, en todos los países se comienza a impulsar una cantidad creciente de restricciones presupuestarias de las universidades, que obligan cada vez más a buscar mecanismos de contención del gasto. Aquí es necesario hacer una aclaración y es que si bien durante los 1980s el presupuesto de las universidades públicas disminuye en la mayoría de los países latinoamericanos, en Costa Rica eso no sucede y el presupuesto se mantiene gracias a la existencia del convenio del Fondo para el Financiamiento de la Educación Superior. Sin embargo, sí se da en Costa Rica algo importante y es que mientras en la década anterior gracias a múltiples negociaciones había sido posible incrementar o mejorar los términos de financiamiento de la Educación Superior, a partir del periodo 82-84 eso será muy difícil y a finales de los 80s será prácticamente imposible, aunque la última reforma al convenio de financiamiento de la educación superior podría constituir una ligera excepción a la afirmación anterior.

2. Entre otras cosas, este proceso llevó a cambios fundamentales en los paradigmas explicativos de la realidad social latinoamericana y al abandono de las posiciones radicales, marxistas y no marxistas, que en el pasado sustentaron visiones de cambio social y proyectos como el de la universidad necesaria. Quizás el caso más claro sea Chile, y algunos científicos sociales chilenos están entre los que mejor han teorizado estos procesos en América Latina; ver, por ejemplo, Brunner, José Joaquín, et al. *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, Santiago: FLACSO, 1993, y Brunner, José Joaquín y Guillermo Sunkel. *Conocimiento, sociedad y de los Signos. Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis*, Santiago: Editorial Cuarto Debate, 1994. Durante los 1980s, *David y Goliath*, la revista de FLACSO, ofreció una visión amplia de ese debate, que incluyó a muchos autores latinoamericanos.

Durante los 1980s surge una serie de mecanismos que favorecen la privatización interna o autoprivatización de las universidades en América Latina, como podemos verlo en la UNA, que complementa la privatización externa que mientras tanto se ha convertido en el otro proceso que cambiará por siempre la estructura (hasta entonces principalmente pública) de la enseñanza superior en el continente. En el país aparece una gran cantidad de "universidades" privadas y comienza a mostrarse una tendencia que se hará más evidente durante los 1990s: cambia la composición o el origen del estudiantado: cada vez, y eso es válido también en el caso de la UNA, los estudiantes matriculados en la universidad pública proceden de los estratos de mayores recursos mientras que los estudiantes de menores recursos, la "población meta" según las políticas institucionales, buscan las universidades privadas. También durante este período se desarrollan diferentes formas de control estatal o paraestatal sobre las universidades públicas, algunas directas y otras indirectas, o las universidades son presionadas para que se autoevalúen, en un proceso que muchas veces las lleva a autocercenarse o a abandonar en la práctica sus principios fundacionales, aunque en los discursos las autoridades se empeñen en hablar como si nada estuviera sucediendo.

La globalización, que sería el último período o escenario pertinente para la deconstrucción de la universidad necesaria, refuerza las tendencias anteriores y las hace aparecer como irreversibles, aunque debiéramos pensar que no tienen que serlo. Durante los 1990s se profundiza el proceso de la privatización del conocimiento que comenzó a finales de los setentas y se desarrolla en los ochentas. En ese momento se comienzan a desarrollar, por ejemplo, formas o sistemas de becas que en realidad son financiadas por los estudiantes y no con recursos públicos, o proyectos de investigación y de extensión que comienzan a sesgarse y a privilegiar a aquellos sectores sociales, nacionales o transnacionales, que pueden pagar por esos proyectos. La docencia misma no queda al margen de ese proceso, y surgen los cursos autofinanciados, totalmente pagados por los estudiantes, o carreras autofinanciadas, que corresponden a la oferta normal de la universidad y que no debieran ser autofinanciadas. Igualmente, así como en algún momento de los 1980s se llegó a la conclusión (fácil) de que el compromiso de la Universidad terminaba con los bachilleratos y que las licenciaturas debían ser autofinanciadas, el desarrollo más reciente de los posgrados ha venido a confirmar tal aseveración, al extremo de que en la UNA es casi un tabú pensar en un sistema de estudios de posgrado como parte de la oferta normal de la UNA, financiado parcialmente con recursos del Fondo de la Educación Superior y con un sistema de becas adecuado.

En realidad esas tendencias no son tan recientes, comienzan a principios de los 1980s, pero el período que llamo de globalización y que (arbitrariamente) ubico a partir de los 1990s, conlleva cambios radicales en una serie de aspectos. En su mayoría estos cambios se derivan de la forma como nuestro país y la región se vinculan con el sistema capitalista globalizado y tienen un impacto considerable en

lo que las universidades públicas puedan hacer o no en términos de su contribución al incremento de la democracia, o al menos de su permanencia; al desarrollo de formas de ciudadanía que contrarresten la tendencia actual a reducir la participación de los individuos en el proceso social al mero consumo; la movilidad social ascendente por medio de la educación; la contribución a un modelo de desarrollo, por ejemplo en el área de la ciencia y la tecnología; el desarrollo de formas culturales propias, que se adueñen de lo global y transnacional pero que no se agoten en la pura copia de lo foráneo; etc.

Se ha destacado el hecho de que no existe un plan nacional de desarrollo y quisiera detenerme un segundo en este asunto porque es indicativo de los retos que enfrenta la universidad en los tiempos de la globalización. Es un elemento importante a considerar en la evaluación de las posibilidades reales de concretar una forma de intervención académica de la UNA en el proceso social del país de acuerdo con el modelo de la universidad necesaria, cualquiera sea el significado que le atribuyamos a ese término en la actualidad.

Pareciera que la idea de un plan nacional de desarrollo es anacrónica en los tiempos de la globalización, cuando el Estado ha perdido gran parte de su capacidad para orientar la economía y el desarrollo social y las grandes compañías transnacionales son las que definen dónde, cuándo y cómo invierten; en un momento en que, a juzgar por el criterio de algunos de los teóricos más optimistas de la globalización, como Manuel Castells³, la idea misma de un territorio nacional desaparece para dar paso a una sociedad red en la que los mismos actores sociales concretos se desvanecen o, para no ir muy largo, en un momento en que la participación de INTEL en la economía nacional no va más allá de un juego contable de poco o ningún impacto positivo real en la vida de los costarricenses, excepto por los pocos trabajadores que esta empresa emplea o el buen negocio que su instalación significó para algunos políticos y empresarios costarricenses.

En un momento en que las decisiones fundamentales sobre el desarrollo "nacional" dependen de las grandes transnacionales y de qué tanto rebajemos nuestras condiciones para que esas empresas nos consideren dignos de establecer uno de sus enclaves electrónicos en nuestro país, tiene sentido preguntar por las estrategias, vías alternativas, y formas operativas que permitan impulsar un proyecto de desarrollo nacional. Más aún, si la globalización, como lo indican muchos estudiosos, incluyendo otra vez a Castells, genera simultáneamente una gran concentración de la riqueza y una exclusión social y marginación creciente de personas, territorios, naciones y regiones que resultan desechables para la lógica del capital global, cómo pensar y operacionalizar una política académica institucional sustentada en un concepto de desarrollo incluyente, muy diferente del desarrollo global único

3. *La Sociedad Red*, Madrid: Alianza Editorial, 1997, y *Fin de Milenio*, Madrid: Alianza Editorial, 1998, especialmente Caps. II y III (95-234).

(del capital transnacional globalizado) que nuestros gobernantes y elites económicas aceptan como una situación natural y por lo tanto inexorable.

En los 1960s el Che Guevara recomendaba a los revolucionarios abrumar al imperialismo mediante la creación de muchos focos simultáneos de lucha guerrillera en los puntos más diversos del mundo; así los países y pueblos dependientes y excluidos del desarrollo capitalista podrían vencer y comenzar la construcción de un mundo nuevo. Paradójicamente, el capital transnacional de hoy pareciera estar aplicando esa estrategia, porque la tendencia dominante del capitalismo informacional no es el desarrollo de los territorios nacionales, sino de enclaves locales perfectamente articulados con las redes electrónicas de poder transnacional de las que dependen, pero desconectados de los entornos y los contextos nacionales y regionales a los que pertenecen geográficamente. De esta manera, además de apropiarse de la riqueza material de nuestros países y pueblos, el capitalismo informacional también nos expropia de algo aún más fundamental: nuestra capacidad de pensar que el mundo puede ser mejor y que existen formas alternativas, más humanas y democráticas, de desarrollo. De igual manera, nos roba o nos aleja de la idea de que la universidad puede ser un instrumento para transformar la situación imperante, aunque para ello tengamos que abandonar los proyectos de cambio radical que acogimos en el pasado y tener una mirada y un actuar más realista.

Al fin y al cabo, en los 1970s (y los centroamericanos todavía en los 1980s) podíamos aceptar aquella idea de Antonio Gramsci (el gran teórico marxista italiano de los 1920s y 1930s) que decía "seamos realistas, exijamos lo imposible". Y esa idea utópica sustentó gran parte de nuestra participación en las luchas sociales del pasado, y también los esfuerzos por concretar lo que llamábamos universidad necesaria. Ahora vivimos tiempos diferentes. En la era de la globalización quizás seamos revolucionarios si somos capaces de contribuir a operacionalizar medidas concretas que nos ayuden a democratizar la educación superior, a contrarrestar la tendencia a la privatización del conocimiento, a reconectar a la UNA con los sectores sociales más excluidos, a promover y ayudar a construir formas culturales que reafirmen lo propio en una relación creativa con lo que nos viene de fuera.

Creo que estoy hablando de desarrollar una nueva utopía, tal vez mucho más modesta que las que animaron nuestros debates de las décadas pasadas, pero una utopía al fin, porque sin utopía la universidad es una idea vacía. Y la universidad necesaria fue parte de la utopía de la Universidad Nacional. ¿Podrá seguirlo siendo? Creo que sí.